

Caracas

Caracas, la capital venezolana, ha experimentado cambios que van más allá de la demolición de las viejas casas de techos rojos y la construcción de nuevos y modernos edificios que denotan la ostentación y riqueza petrolera. Los miedos desatados gracias a la violencia y los prejuicios han logrado que los espacios de disfrute público se limiten cada vez más, llegando incluso a encerrar a los ciudadanos dentro de las paredes domésticas. Para algunos, los habitantes de los barrios populares son sinónimo de peligro, y por ello se ha elaborado todo un discurso del territorio enemigo que hay que aislar y controlar. La creación de nuevas policías municipales y compañías de vigilancia privada muestran una arista del panorama. No obstante, más allá de la lamentación apocalíptica, lo que se impone es la necesidad de una reflexión.

■ **Julio De Freitas**



pública, privada y de nadie

Poco más de cien años han transcurrido desde que el poeta Pérez Bonalde contribuyera con una descripción de la ciudad de Caracas, que marcó el imaginario urbano de sus habitantes hasta los años cincuenta del siglo que hace poco quedó atrás. En una ciudad desmemoriada, en la que la abundante y repentina riqueza petrolera la convenció de demoler todo lo “viejo” como única vía hacia la modernidad, quizás, más que cualquiera de sus grandes edificios, su rasgo distintivo hoy día sería el de los barrotes en cada puerta y ventana que mire hacia la calle.

Caracas, cuya sola Área Metropolitana Interna, contemplada en 5 municipios que albergan alrededor de tres millones de personas, tuvo entre los años 2000 y 2001 un promedio de 5 homicidios diarios, es la ciudad del “salir poco”, de el “no llegues tarde a casa”, es también la ciudad de los más diversos sistemas de seguridad anti-robo en cada vehículo, desde las cadenas y candados que literalmente atan a éstos a la calle, las ensordecedoras alarmas, hasta los más sofisticados de protección satelital y de blindaje, con facilidades de pago para “garantizar su posibilidad de compra por cualquiera”. Una capital en la que el miedo hizo de ella su lugar de residencia, mientras el resto jura haber contemplado su rostro en cada uno de los desconocidos con los que se cruza en su transitar cotidiano.

El miedo demanda cada vez más policías, por lo menos ocho distintas en la ciudad, y ante la “obsesión securitaria”, el mercado de la vigilancia privada ha conformado un verdadero ejército de personas armadas, en el que casi la mitad de las empresas que lo conforman se encuentran, irónicamente, en situación de ilegalidad, al

no poseer los permisos operativos de la División de Armamento de la Fuerza Armada, organismo encargado de supervisar el parque de armas del país.

Este miedo se ha trasladado, asimismo, al ámbito de lo público, a través de la creación de puestos de vigilancia privada en muchas de las urbanizaciones de clase media y alta de la ciudad, los cuales restringen el libre acceso y tránsito en espacios de carácter público, pero que son legitimados, por un lado, como estrategias de auto-defensa de los residentes frente a la ausencia de respuestas eficaces por parte de los organismos de seguridad municipales o estatales, ante la progresión –real y simbólica– de la inseguridad urbana, y por otro, en términos de la búsqueda de un mayor *status*, por el carácter exclusivo que adquieren dichas urbanizaciones, a través de lo que en términos de Richard Sennet, puede ser calificado como una “comunidad purificada” (Sennet, 1974).

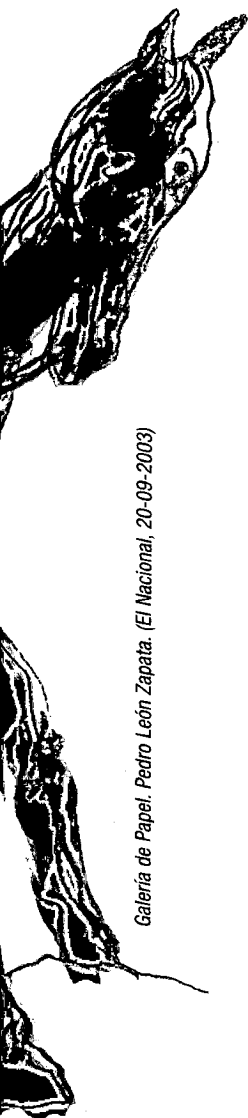
En medio de un proceso de apropiación del espacio público justificado en la poca eficacia de los organismos encargados de velar por la seguridad ciudadana y del desuso de otros, pareciera irse abriendo una suerte de sustitución de la función de dichos espacios por parte de los locales comerciales:

“El comercio provee ahora lo que las instituciones urbanas y estatales han dejado de proveer: espacios civiles para el ocio y para el encuentro. Así como los centros comerciales, los espacios de vida se han convertido en suerte de *bunkers*; hacia afuera concreto y materiales densos, que dan la sensación de protección y seguridad” (Rotker, 2000:18)

Ello, sin embargo, se traduce en una situación cuyos efectos no nece-

*Caracas allí está,
sus techos rojos,
su blanca torre,
sus azules lomas...*

**Juan Antonio
Pérez Bonalde**



sariamente son del todo inocentes, a diferencia de algunas posturas que reducen los centros comerciales como el nuevo espacio de socialización juvenil.

El desuso del espacio público a partir de su estigmatización como “espacios peligrosos” o “desordenados” por la explosión de la inseguridad, del comercio informal y ambulante, entre otras causas, junto con la falta de mantenimiento, pareciera traer consigo un vaciamiento del espacio social en términos de lo que significa la ciudad como escenario de socialización y convivencia y con ello la transformación de estos últimos en “agujeros negros”, en espacios hostiles para el poblador urbano.

Ejemplo de esto lo constituye la Gran Avenida de Sabana Grande, ubicada en el sector Este de la ciudad, la cual hasta finales de la década de los setenta constituyó el centro de comercio por excelencia de las clases medias y altas de la capital, transformada en boulevard en los años ochenta, como parte de la política de creación de espacios públicos contemplado en las propuestas urbanas desarrolladas por el metro de Caracas, y rápidamente absorbido como uno de los hitos por excelencia del escenario urbano caraqueño.

Poco más de diez años bastó para que, en medio de la desidia de los organismos encargados de su mantenimiento, el espacio se transformara en una de las zonas más estigmatizadas de la ciudad, a partir de la apropiación por traficantes de drogas, indigentes, niños de la calle, vendedores informales y, más recientemente, ocupantes ilegales de los edificios abandonados en el área.

TERRITORIO ENEMIGO: DEL “PREDELINCUENTE” AL “CIUDADANO PRIVADO”

En este sentido, el sentimiento de inseguridad ya vivido por los habitantes de la ciudad, se ve fuertemente reforzado por la elaboración discursiva-mediática de un *otro*, construido “a imagen y semejanza del miedo” (Reguillo, 2000), al cual es posible culpar desde el punto de vista político, moral, e incluso estético de todo lo que ocurre en el espacio urbano, representado por los habitantes de los barrios populares de Caracas, y a estos espacios en geografías del caos, *territorios enemigos* que descargan el horror y la violencia sobre los espacios “legítimos” de la ciudad y sus habitantes. (Ontiveros y De Freitas, 1993; De Freitas, 1995; Ferrandiz, 2001).

Se constata un desplazamiento de la

66

El desuso del espacio público a partir de su estigmatización como “espacios peligrosos” o “desordenados” por la explosión de la inseguridad, del comercio informal y ambulante, entre otras causas, junto con la falta de mantenimiento, pareciera traer consigo un vaciamiento del espacio social en términos de lo que significa la ciudad como escenario de socialización y convivencia

99

violencia hacia un grupo social determinado y, con ello, la presentación del habitante de barrio como un peligroso bárbaro que debe ser controlado y/o eliminado, por ser portador de un tipo físico y de una manera de hablar y vestir particular. Es decir, se consolida lo que el sociólogo Loic Wacquant (1999) ha llamado la “penalización de la pobreza”, práctica estatal que justifica, entonces, ante la “opinión pública” cualquier tipo de acción contra éstos, “los pobres” como clase, y no contra “la pobreza” como problema social.

No es exagerado afirmar que ésta es la caracterización que generalmente se hace de los habitantes de los barrios populares. “Salvajes”, “indios”, y “monos” son sólo algunos de los adjetivos que se utilizan para definirlos; incluso es posible escucharlos en los propios pobladores de estas zonas para referirse a vecinos o miembros de otros barrios (De Freitas, 1995). A ello se suma la creencia de que los valores, la familia -tomando a la familia nuclear como modelo único- y hasta el orden entre los asentamientos populares simplemente no existen.

En el marco de estas representaciones dominantes de la violencia cotidiana, generadas en los medios de comunicación y reproducidas con diversos matices a lo largo

de toda la trama social, la figura del malandro se ha consolidado como un personaje particularmente siniestro de la vida urbana venezolana. El malandro se ha convertido, entonces, en el imaginario urbano, en la principal causa de la inhabitabilidad de las ciudades venezolanas (Pedrazzini y Sánchez, 1992; Ferrándiz, 2001). La constitución del estereotipo del malandro con el perfil genérico de cualquier joven habitante de las barriadas convierte de modo automático en “presuntos delincuentes” o “pre-delincuentes” a muchos jóvenes simplemente por el hecho de haber nacido, residir y/o participar de las culturas típicas y claramente reconocibles de estas áreas estigmatizadas (De Freitas 1995).

Nos encontramos entonces frente a un proceso de transformación de lo público, expresada en un menor uso del espacio y de predominio de lo privado que reduce la ciudad tan sólo a los espacios o vías de circulación que sirven a sus habitantes para desplazarse del lugar privado de la vivienda al trabajo o a los “espacios seguros” representados por los centros comerciales y otros lugares que pudiéramos calificar de “seudo espacios públicos”, en la medida en que el ciudadano -cuya práctica, la *paidéia*, se desarrolla fundamentalmente en lo público, en el *ágora*- se va limitando, sin saberlo, apenas al papel de un “visitante-consumidor”, que debe ajustarse a las reglas del local en que se encuentra (Sennett, 1974; Augé, 1993; García Canclini, 1995; De Freitas, 2001).

Es el mundo que el sociólogo brasileño Lúcio Kowarick (1991) ha definido como del “ciudadano privado”, término que, más que contradictorio, refleja la paradoja de una ciudadanía ejercida de manera minusválida, reducida a la encapsulación en el hogar y los asuntos personales. Con ello se genera además un aislamiento del “exterior”, capaz de hacer creer al individuo que la ciudadanía y los oficios políticos sólo son eficaces y reales si son vistos desde la televisión. Las personas se informan de su alrededor más cercano gracias a los medios de comunicación y no tanto mediante el uso social del afuera (Monsivais, 2000).

Con todo, este proceso de desaparición de lo público no ocurre solamente, como pudiera pensarse en un primer momento, solamente en la llamada “ciudad formal”. Por efecto del discurso “y las acciones” que focalizan la violencia urbana exclusivamente sobre los pobladores de los barrios populares, los habitantes de los barrios urbanos se enfrentan a la dificultad de acceder a algunos espacios públicos de la ciudad.

En años anteriores, estos habitantes respondieron a esta estigmatización intensificando el uso de los espacios existentes en sus delimitados territorios, lo cual siempre jugó un papel importante en la reconstrucción de la vida afectiva del barrio. No obstante, hoy en día, esta plasticidad entre lo público y lo privado se ha venido delimitando ante la fuerte inseguridad y violencia interna del barrio, la cual transforma la dinámica de uso tradicional de algunos de estos espacios, obligando también a sus habitantes a la reclusión en sus hogares, convertidos éstos en refugios, reduciéndose así el sentido y uso del espacio, produciendo una resemantización espacial que va desde el espacio público fantasmal, el espacio de la muerte, el espacio defensivo (Bolívar et al., 1994).

A pesar de constituirse en retazos de espacios públicos y encontrándose muchos en procesos de deterioro, esos espacios cumplen dentro del barrio funciones de gran relevancia; son espacios donde el imaginario social alcanza su concreción. Por ejemplo, las veredas peatonales, además de ser el camino obligado y el recorrido para tomar el transporte que lleva a muchos habitantes a sus trabajos, se convierten en algunos momentos del día en el espacio del juego para los niños y adolescentes.

No obstante, estos mismos espacios, a otras horas –o incluso, permanentemente– pueden convertirse por medio de un violento proceso de apropiación o anulación de su calidad de público en espacios vacíos, espacios del terror, intransitables, controlados por las bandas que existen en el barrio y obligan a los transeúntes a tomar caminos alternos (Pedrazzini y Sánchez, 1992; De Freitas, 1995).

A imagen y semejanza de lo que acontece en el resto de la ciudad o, para ser más precisos, en la ciudad formal, es posible encontrar en estos asentamientos un sentido de gradación o jerarquía cuya base se encuentra en el perfil topográfico del terreno. Vivir en la parte baja del barrio puede ser indicativo, aunque no de manera rígida, de un mayor “*status*” con respecto a otros pobladores, (amén de un mayor precio en el mercado inmobiliario formal o informal) de hecho como la posibilidad de no asumirse como habitante de éste. Pero, además de ello, implica también la probabilidad de un acceso más rápido a espacios públicos que no forman parte del barrio, tales como bulevares, centros comerciales, plazas, etc., no necesariamente más seguros y despejados, pero ciertamente menos estigmatizados, incluso por el mismo poblador.

“

Vivir en la parte baja del barrio puede ser indicativo, aunque no de manera rígida, de un mayor “*status*” con respecto a otros pobladores, (amén de un mayor precio en el mercado inmobiliario formal o informal) de hecho como la posibilidad de no asumirse como habitante de éste

”

Frente a este sistema de clasificación que se basa en la pura evidencia física, la única salida posible se vincula con la construcción de una diferencia o la “*invención*” de otra *fachada* para aumentar su “*cotización*” como grupo social. Así, es posible que en un determinado barrio, se estigmatice a un sector particular de éste, achacando a estos últimos toda la violencia o las características negativas que, desde la “*ciudad formal*” se endilgan a los pobladores en general.

EPÍLOGO

Que Caracas es una guerra de todos contra todos, es una idea que más que exagerada, resulta alarmante cuando ella parece ser la opinión generalizada de los habitantes de esta ciudad. En esta suerte de “*darwinismo urbano*” presente en el imaginario ciudadano caraqueño, no caben los saludos, ni las cortesías, pues ellos pueden ser interpretados como señal de debilidad y por tanto de incapacidad de supervivencia.

Después del 27 de febrero de 1989, bautizado por un periodista como “*el día que bajaron los cerros*”, tras los saqueos y la ola de violencia que se desató a partir de las protestas por las medidas económicas dictadas por el gobierno de turno, con la anuencia del Fondo Monetario Internacional (FMI), la ciudad comenzó a combatir a sí misma: “*Los saqueadores están escondidos en sus cerros*”, declaraba

la policía, destacado en la primera plana de los diarios locales, mientras el ejército tomaba los barrios pobres.

Muchos años han transcurrido desde entonces, y a la violencia urbana se le agrega una violencia política –tanto desde el gobierno como desde la oposición– hasta entonces desconocida, cuyos límites y consecuencias son todavía impredecibles. Las clases medias y altas se arman y se encapsulan en espacios vigilados, reservándose el derecho exclusivo del término “*Sociedad Civil*”; los otros, los más pobres –más de la mitad de la ciudad– son calificados por los medios como “*hordas*” y “*huestes del mal*”, y también se arman; algunos para defender una revolución de la que cada domingo reciben una dosis mediática, otros, porque simplemente hay que protegerse de todos los demás.

Nadie podría negar que en los barrios es donde más se siente esa violencia de la que todos hablan y que se ha vuelto el rumor cotidiano de la ciudad, pero, lejos de lo que pueda pensarse, esto no se debe a que la mayoría de sus pobladores sean partícipes o generadores de esa violencia, sino, más bien a que es en estas zonas donde confluyen con más fuerza otros tipos de violencia, ajenas a ellas en cuanto su origen, pero, en gran medida, determinantes de lo que allí ocurre.

Así, en medio de este contexto casi apocalíptico, se hace urgente desentramar en nuestro campo semántico lo que, a final de cuentas, entendemos por “*violencia*”. Es decir, discutir sus maneras de expresión y consecuencias, analizar sus usos desde el sentido común, y repensar la relevancia de sus categorías analíticas; es mucho lo que todavía queda por estudiar en este campo, no sólo por el interés científico que ello conlleva, sino, además, porque también está en nuestras manos –por panfletario que parezca– desentramar lo hilos de una realidad que de tanto vivirla se ha convertido en normal y cotidiana para el resto, y contribuir con ello a la creación de un proyecto colectivo de ciudad en el que ciudad y ciudadanía sean, indefectiblemente, un solo tema, con capacidad y espacios para habitarla y participar en los procesos de toma de decisiones que la afecten y con oportunidades distintas pero equitativas de su disfrute, su uso y su consumo. Sólo para ello tienen sentido estos textos. La tarea está a la vista.

■ **Julio De Freitas**
Antropólogo